

ALONSO QUIJANO, CABALLERO ANDANTE

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

Alonso Quijano, caballero andante

Sancho Panza, llamó a la puerta del aposento de su Sr. Quijano, para despertarle:

- "Sr. Quijano..., despierte, que el sol está asomando tras las lomas y debemos de salir ya en la busca de aventuras..."

Don Alonso se desperezó, miró a su sirviente, y le preguntó, dudando:

- "¿Pero estás seguro, amigo Sancho, que esta empresa a la que vamos a dar comienzo, tiene sentido? Igual... era mejor dejarlo para mejor ocasión..."

- "Qué mejor ocasión, si ya lo tenemos todo hablado y provisto. A ver si ahora se le van a apoderar los remilgos a vuesa merced. Pues no debe ser así, que su persona ha nacido para caballero andante, que es lo que conviene. ¿No desea llegar al corazón de mi señora Dulcinea? Pues debe presentarse ante ella, cargado de trofeos de guerra, cabezas de gigantes, perfumes del Oriente, finos tejidos de seda y de todas esas cosas que tanto gustan a las damas", continuaba diciendo Sancho, mientras iba abriendo de par en par, las ventanas de la habitación. "Así que, déjese de darse a la holganza y, sin más preámbulos, aderécese con toda esta vestimenta propia del oficio de caballero andante y, apúrese, que los calores de julio no perdonan a los que no madrugan. Y no me haga más decir, que me cuesta poco aceptar la oferta de su vecino Don Gracián, y me voy con él a recorrer el mundo, a mejor jornal".

- "Bueno, bueno, apreciado Sancho, no te muestres tan quisquilloso y te voy a hacer caso, ya que tú lo dices. Pero, yo, sinceramente, no le veo a esto ni pies, ni cabeza. Que ya estamos ahondando en el siglo XVII, y no en la llamada Edad Media".

Medio refunfuñando y a su pesar, se dejó vestir por su sirviente, y llegó el momento de enfundarse la armadura. Sancho, había reemplazado las piezas que faltaban, por unas de cartón; pero a las reticencias de su señor sobre la fortaleza de las mismas, él amenazaba con el sol del verano que se les echaría encima, para no andarse en detalles sin importancia.

- "¿Y el casco éste..., yo diría que es bacía de barbero?", observó el amo.

- "¿Qué bacía de barbero, ni qué ocho cuartos? Esto, le encaja a la perfección en su cabeza, bien ajustadas estas correíllas de cuero que le he añadido, quitadas de unas albardas viejas de mi pollino. Ah..., y que a partir de ahora debería llamarse vuesa merced, Don Quijote, porque

Quijano..., no lo veo yo apropiado para un caballero andante de los de estos siglos. Si a Vd. no le parece mal, porque como es de tan especial condición en todo y nada le viene bien...", terminó la frase, medio ofendido, Sancho Panza.

- "Válgame Dios, que no es mi intención ofenderte, amigo Sancho, que sólo era una duda al ver la forma del yelmo, con este hueco aquí, como para colocar en el gaznate. Y lo de Don Quijote..., pues sí, paréceme que suena bien: Don Quijote, esto..., Don Quijote, lo otro... Sí, creo que será del gusto de mi señora Dulcinea, que bien conocedor es Dios que lo hago por ella y por seguir tus consejos, a pesar de que tanto el ama, como mi sobrina, coinciden conmigo y lo ven también, pues fuera de todo juicio. ¿Tú crees, Sancho, que procede esta salida de incierto final?"

- "Pues claro que sí, hombre de Dios... ¿no quiere honores...? ¿no quiere fama y gloria...? ¿o quiere ser toda la vida, un hidalgo de tres al cuarto, de tan maltrecho cuerpo? Y que ya tiene 50 años, que no es un rapazuelo con toda la vida por delante suyo. Este cuento es: ahora, o nunca. Y Doña Dulcinea, no va a estar deshojando la margarita a ver si mi señor Alonso Quijano se decide a pasar de los versos galantes, a la acción ¿Estamos en ello..., o no estamos?", azuzó Sancho ante las indecisiones de su amo.

- "Doyte la razón, sagaz Sancho Panza..., doyte la razón. Alonso Quijano, ya no existe. Para escarmiento de desafortunados gigantes, azote de moros, y salvaguardia de doncellas..., sale a los caminos..., Don Quijote. Qué digo Don Quijote. No. Don Quijote de la Mancha, país y cuna de los más afamados caballeros justicieros que en los tiempos se han visto. No perdamos más tiempo, que aviado estoy: partamos hacia donde nos guíe el instinto de este mi rocín, bajo la tutela de nuestro Señor", concluyó el recién Don Quijote señalando a su caballo y mirando al cielo, enardecido con todas las empresas que delante de sí ya empezaba a vislumbrar, y a las que enfrentarse victorioso.

- "El rocín, mi señor Don Quijote, como se le ve falto de algo de porte para el servicio de la caballería andante, se lo deberíamos de suplir con un nombre de mayor timbre y gloria. He pensado que Rocinante..., le quedaría al dedo. Vamos, si es de su parecer...", opinó Sancho.

- "Razonable me parece el nombre y, visto que vas a ser mis ojos, mis oídos y mi pensamiento en cada una de las empresas que acometa, te nombro mi escudero en este acto y momento, con un sueldo de 3.000 maravedís a percibir a nuestra vuelta, a descontar del botín del que me haya ido haciendo merecedor, en mis hazañas", concluyó Don Quijote.

- "Largo me lo fiáis, e incierto pero..., así sea. ¡Ea!, partamos pues, en busca de aventuras. Vuesa merced primero, por favor". Y salieron ambos,

el uno en su caballo y el otro en su rucio, a lo que la fortuna les deparara.

Llevaban caminando como unas dos horas sin que nada les aconteciera en ese tiempo y, Sancho, se inquietaba ya porque sólo de las hazañas victoriosas, saldría el botín que amo y escudero se repartirían a la vuelta. Y le había prometido a su mujer, Teresa Panza, que volvería de las aventuras de su dueño, cubierto de joyas y, el asno, cargado de cofres repletos de monedas de oro, y enjaezado de albardas bordadas con hilo de Flandes. Así que, ya tardaban en acometer alguna prodigiosa aventura con la que obtener fama y riqueza.

- "Y digo yo, Sancho amigo... ¿tú te acordarás de transcribir, a la vuelta, cada hecho de los que felizmente nos hayan acontecido en nuestro vagar por el mundo? La fama, es el blasón más preciado, sin desdeñar las riquezas, como bien sabrás".

- "En ello ya he pensado, mi señor Don Quijote, que lo tengo hablado con un hombre de letras, manco por más señas de resulta de una batalla contra el turco en Lepanto, y Miguel de nombre, quien por gusto y un algo de dinero, se encargará de dar a conocer al mundo, en verso o en prosa, todas las hazañas en que vuesa merced se viere envuelto".

- "En prosa prefiero, fiel Sancho, que el verso es de más difícil empresa para hacerlas llegar a las cortas entendederas del pueblo llano, y hay prosas de muy bella factura que nada tienen que envidiar..."

No habiendo llegado a acabar la frase Don Quijote, cuando a lo lejos, divisó éste, un grupo como de unos diez molinos de viento, cuyas aspas giraban sin prisa con aquél airecillo. Y se los señaló a su escudero.

- "He, ahí, aquestos molinos de viento, que están transformando el grano de la mies en blanca harina, para que el laborioso tahonero nos ofrezca el pan recién hecho, cada mañana", señalando con la punta de su lanza, hacia ellos.

- "¿De qué molinos me habla, si no son otra cosa que mal encarados gigantes?", desmintió Sancho las palabras de su amo, deseoso de que allí les saliera al paso, la primera oportunidad para su escaso bolsillo.

- "¿Cómo gigantes, si son molinos? Desvarías, Sancho. Repara cómo se mueven sus aspas, el encalado de sus paredes y el cono airoso de su tejado".

- "Son gigantes que mueven sus brazos para espantar a vuesa merced, ignorantes de que se van a enfrentar, si el miedo no se le apodera, al más afamado caballero andante, desde Don Amadís de Gaula. Así que apriete la lanza a su costado, espolee a Rocinante, y atraviése cuatro o cinco malvados corazones de otros tantos gigantes, que asaz atemorizados

tienen a los aldeanos de todos estos contornos y lugares. Y esta noche, ya podremos presentar sus descomunales cabezas colgadas en mi rucio, a su señora Dulcinea para que tome nota de su primera hazaña. Del botín que della se derive, yo mismo me podré encargar".

- "Yo, diría que son molinos, pero porque no digas que es el miedo el que nubla mi vista o frena mi caballo, hacia ellos encamino mi lanza, y Dios proveerá. Pero, a fe mía, que molinos son". Y a pesar de lo que su sentido común le estaba aconsejando, espoleó a Rocinante por no dar que hablar a Sancho.

Llegóse Don Quijote hasta el primer molino y de una lanzada, atravesó la lona del aspa que bajaba y quedó trabada su lanza en ella, con lo que el caballero salió disparado hacia lo alto, cuando el aspa herida continuó su marcha en ascenso, y dio con sus huesos en el suelo al soltarse della, el arma. Nuestro hidalgo, quedó tendido y magullado en la tierra, llamando a su sirviente para que le atendiera y socorriera en tan doloroso trance.

- "¡Mi señor Don Quijote... ! ¿pero qué ha hecho vuesa merced, embistiendo contra el molino...?" Y fue corriendo a todo lo que el rucio daba de sí con sus cortas patas. Lo levantó como pudo y vio que Rocinante, garreaba tirado en el suelo por el golpe recibido en las costillas al ser arrastrado en el aire, enganchado al jinete.

- "Ya te dije Sancho bellaco, que eran molinos y no gigantes. Y mira a ver si ayudas a poner en pie a mi caballo, si no tuviere partido el espinazo".

- "Pero si yo le decía que eran molinos, y no malos; y gigantes en tamaño, como no se habrán visto otros en La Mancha. Pero su arrojo pudo más que sus oídos y entendederas. Válame Dios que traté de disuadirle cuando vile la intención. Que el valor en exceso, también es necesidad".

En éstas estaban y ya se retiraban de la su primera hazaña cuando, por los estruendos de la perdida contienda, salió gritando el molinero, no sin ofensa en el rostro al ver lo maltrecha que había quedado el aspa por la acción de la estrafalaria pareja y, vino, y les emprendió a pedradas maldiciendo el día que los había traído hasta allí. La suerte estuvo de parte de caballero y escudero, porque el paso ligero que metieron a sus cuerpos, y el corto alcance del vuelo de las piedras, les salvó a ambos de añadidos males.

- "Pues me perdonarás, Sancho, si te llamé bellaco en mi dolor, pero para mí, que entendí que afirmabas y que te reafirmabas en que eran gigantes, cuando yo veía sólo molinos. Pero el deseo de presentarme ante mi Señora con los trofeos de sus cabezas, que yo no las veía por parte alguna..., engañóme. Y alejémonos un trecho más, que el molinero tiene apariencia de no olvidar mi afrenta, y sigue enviándonos cantazos con

muy mala intención".

- "Razón no le falta. Vamos a llegarnos hasta aquél pradecillo, por el que corre un riachuelo de aguas claras, a tomar un poco dellas, y algo del queso y del pan que traigo en las alforjas; y descansar, de paso, de esta fatigosa y estéril batalla", contestó azaroso el ruin siervo.

Y tras el descanso a la sombra de unos alcornoques, calmada su sed y saciada su hambre, molido nuestro caballero por el batacazo en las costillas, emprendieron el camino sin destino concreto, porque ésa era práctica habitual en la caballería andante. Sancho, montado sobre su asno, echaba en falta la bota de vino extraviada durante la huída de la lluvia de piedras del molinero y andaba el mentecato enojado, porque era de la mejor cosecha de entre las tinajas de su señor y porque de la primera aventura, esperaba haber recibido alguna recompensa que no fueran pedradas.

Al rato de seguir el camino, vieron a lo lejos, acercarse hacia ellos a un grupo de hombres caminando, y como a cinco o seis dellos, a caballo. Sancho, en viéndoles venir, comenzó a maquinarse la posibilidad de otra nueva hazaña en la que sí obtener provecho, y llamó la atención de Don Quijote, con estas palabras:

- "Muérame aquí mismo, si en ese grupo de personas que se nos vienen encima, ahí enfrente, no tiene mi señor Don Quijote la oportunidad para darles el merecido castigo del que son acreedores, porque de ir en grupo cerrado, se colige que no persiguen nada bueno. Eche mano a esa espada que tanto tiempo lleva ociosa en su cinto y hágalos rendir cuentas de sus fechorías y necedades, mal que les pese; y a sus consecuencias, si se negaren".

- "¿Pues qué ves de malo en ellos, amigo Sancho, si vienen a paso quedo y en compañía de hombres a caballo y distinguido porte, sin follón ni griterío?", se extrañó su amo.

- "Mi amo..., las cosas no son siempre lo que parecen. Veamos a ver qué resulta de nuestro encuentro con ellos, pero es harto extraño el tropel de gente, y tan en silencio", contestó malicioso el escudero.

El grupo de a pie y a caballo, llegaron hasta encontrarse con nuestros amigos y Don Quijote, echó de ver que los de a caballo, llevaban los uniformes y enseñas propias de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, servidores de la justicia de su Majestad el Rey Felipe III y que los de a pie, como de unos veinte serían, andaban encadenados y con grillos en las muñecas como para impedir su huída, por lo que se veía que eran condenados que trasladados eran a alguna parte.

- "Buen día tengan vuestras mercedes", dijo Don Quijote dirigiéndose al de más rango de entre los de a caballo. "Se diría que llevan a toda esta gente, contra su voluntad, paréceme".

- "Bien dice el caballero, que todos estos hombres, ningún o poco deseo sienten de llegar al destino que les aguarda, que es el de servir en las galeras de su Majestad, remando por muchos años que es un trabajo muy penoso, pero necesario para que nuestra flota en la mar mediterránea se enseñoree en ella y, a ellos, les sirva de castigo y escarmiento por los crímenes que estos hombres han cometido, que no son pocos", contestó el que portaba un arcabuz de rueda.

- "Pues... ¿qué tales delitos han sido, señor oficial? Graves debieron de ser si tan cruel castigo merecen", preguntó imaginando de nuevo, Don Quijote.

En esto, entró en conversación uno de los galeotes, a quien llamaban Ginés de Pasamonte, o Ginesillo, los sus compañeros de penuria:

- "Señor caballero, o lo que fuere... haga el favor de seguir su camino y dejar que nosotros sigamos el nuestro que no es sino llegar a Sevilla, y embarcarnos en su puerto, por ver mundo y las maravillas que contiene. Así que déjese de cháchara inútil, que bastante tengo con aguantar mis cadenas, que son más pesadas que las de los demás, por mi más mala cabeza".

El oficial, al oír la sinrazón del aherrojado caballero, dióle con el bastón de apoyar el arcabuz, midiéndole las costillas, por su desfachatez.

- "Calla, hideputa cabrón, Ginesillo mal nacido, y trata con respeto a este principal hombre que sólo está interesado en vuestras miserables vidas", y remató la conversación, con un añadido bastonazo al desdichado Ginés.

En esto, en viendo Sancho que aquella aventura no estaba dando fruto ninguno, terció en la disputa para animarla, dirigiéndose al maltratador:

- "No sé, señor mío, si por un quítame esas pajas, tienen vuestras mercedes derecho a llevar a todos estos hombres contra su voluntad, y de esta suerte. Que mi señor Don Quijote, aquí presente, ejerce el noble oficio de caballero andante, que no es poca cosa, y que tiene por obligado el asistir a los que en aprietos se hallan, tal que estos amigos que, seguro, darían lo que fuera por verse liberados de cadenas, de grillos y de remar bajo el furor del látigo de los cómitres que, sin remordimiento ninguno, les hacen trabajar al remo, en barcos que ni son suyos, ni de la madre que los parió". Y dirigiéndose ahora a Don Quijote, prosiguió: "Por eso, y con la fuerza de su noble brazo, hágase el favor de libertar a toda esta chusma contrariada, que seguro sabrán recompensarnos dello, una vez se

vean libres por el empeño de vuesa merced".

- "Desvarías, bienintencionado Sancho, que estos hombres pertenecen por ley, a su Majestad y no es mi misión contrariarle dando la libertad a quien no la merece, que si así no fuere, sobrarian los oficiales que los custodian", le respondió su asombrado dueño.

- "Más me valiera haberme dado a servir a su vecino Don Gracián, hombre de más temple que vuesa merced, a quien no le temblaría el pulso por dura y extraña que fuera la empresa. Acometa ya esta nueva hazaña de liberador de pobres y oprimidos y, una vez desencadenados, mándelos ir a postrarse ante los pies de su señora Dulcinea del Toboso, para que le rindan cuentas de que quien les ha salvado, es el mismísimo Don Quijote de la Mancha, espejo de la caballería y el más valiente enamorado". Tras estas palabras de Sancho, quedó perplejo Don Quijote, dudando de si es que le estaba flaqueando la voluntad por conquistar el corazón de su dama, con tanto medir costes y riesgos.

- "Bien has hablado, aunque razón no lleves, que me has tocado en lo máspreciado para mi corazón de cautivo de mi señora Dulcinea", le dijo a Sancho. A continuación, se dirigió al oficial para hacerle este ruego:

- "Maese capitán, o cualquiera que sea su cargo en esta cuadrilla que fuerza la voluntad de estos desgraciados, le voy a rogar, aunque amparándome en la razón que me dan estas mis armas de caballero andante, que se sirva por esta vez y con el fin de que sus encadenados puedan presentarse ante la dama a la que requiero mucho tiempo ha, y ofrecerle la pleitesía debida en nombre de éste su siervo más rendido, darles libertad sin temor a las represalias de su Majestad, a quien llegado el caso yo sabré explicarle los motivos dello. Que como caballero andante que soy, licencia tengo para determinación semejante. Ése es mi deseo, para esta ocasión".

- "A mi señor, han oído; dense prisa en atender sus ruegos y no perdamos más tiempo, que esta hazaña será conocida no tardando mucho, hasta en las Indias por descubrir", añadió Sancho, resguardado tras Don Quijote.

El de la Santa Hermandad, sus ayudantes y hasta los mismos galeotes, admirados estaban de las palabras de amo y siervo. Sobrepuesto del estupor, respondióle aquél:

- "Veo que voy a tener que darle en esta ocasión, la razón al señor Ginés de Pasamonte, sobre lo de que hágase el favor de seguir su camino, y no se entrometa en lo que estamos por obligación, haciendo. Que estos señores galeotes, tienen que llegar a Sevilla, porque lo ordena su Majestad, y tanto me importa una higa quien quiera que sea esa señora suya Dulcinea del Toboso, como de la pendeja de la madre que al mundo la trajo. Del Toboso, o de la más ruin de las villas que han visto la luz en

La Mancha. Y mírese de contener la boca de su sirviente, que tal parece que es vuesa merced quien sea el siervo, y no el amo, caballero de triste figura".

Sin casi haber terminado su disertación el capitán, sintió Don Quijote subir por el cuerpo arriba un enojo incontenible y una ira tal, al oír hablar así de su dama, que de un golpe de su espada derribóle al suelo, y que si en vez de dalle de plano, se lo diera de canto, habría partido en dos a caballo y jinete. Los otros cuadrilleros, pasmados quedaron de la reacción de nuestro caballero, lo que fue aprovechado por los galeotes para abalanzarse sobre ellos, derribándoles de sus monturas, y muerte les hubieren dado, a pesar de las cadenas, si corriendo no hubieran salido en busca de auxilio.

Don Quijote, púsole al oficial la punta de la espada en su cuello y le conminó a que abriera los candados de toda esa gente, lleno de ira todavía, recordando la desfachatez para con su amada y, una vez liberados todos, le dejó marchar, no sin antes informarle con todos los pormenores, de por quién había sido vencido, en tan desigual batalla. El oficial corría campo a través, eludiendo como podía, la lluvia de piedras lanzadas por los que hasta hacía poco, eran sus prisioneros. Éstos, todavía sin creerse que eran libres, rodeaban a amo y siervo, sin comprender quién de los dos era el más mentecato, para haberse metido en la sinrazón de enfrentarse a la justicia sin beneficio a cambio, ninguno. Y quedaron en suspenso, porque parecía que Don Quijote, algo quería decirles.

- "Chusma malagradecida con los que hasta ahora mismo cuidaban de vosotros y miraban por vuestro bienestar, con la ración de puñadas y piedras que les habéis lanzado sin reparar en el daño que podríais causarles..., yo os digo que, en deuda para conmigo, deberéis encaminaros por esa dirección, hasta la villa del Toboso, donde mi amada Dulcinea espera os pongáis a sus pies, como en otros momentos le llegarán moros vencidos, gigantes humillados y emperadores derrotados por mi fuerte brazo. Y si no obedeciereis mi orden, a fe mía que os lo he de hacer pagar caro, en la primera ocasión".

Ginés de Pasamonte, o Ginesillo, le estaba mirando con descaro, pues era el más bellaco de todos ellos, y le dijo entre chirigotas y falsos requiebros:

- "Don Manchote de la Quija, o como quiera os llaméis, estos que aún veis agora, ya libres por vuesa mentecatez, van a salir corriendo hacia donde mejor cobijo encuentren porque los de la Santa Hermandad ni olvidan, ni perdonan, y no tardarán en volver y con mayor número dellos. Así que lo de ir a rendir pleitesías a su dama del Toboso lo dejaremos para después de las témporas, porque la dicha señora echará en poco, la falta de nuestra presencia ante ella. Y yo le recomiendo que si en algo aprecia su

libertad y su vida, encamínese hacia Villadiego, do quiera que esté el dicho lugar, llevándose al mequetrefe éste que tiene por siervo, que más parece su enemigo, que su aliado, según es de bribón. Y se lo digo yo, Ginés, que no Ginesillo, que de bellaquerías soy docto, según fui descrito por mi último juez, en la ciudad de Valladolid". Y diciendo esto, agachóse, recogió el guijarro más grande que encontró y se lo lanzó al rostro con tan mala fortuna que diole en la boca y le saltaron una muela y dos dientes, de entre los menguados que en ella le quedaban. Y animados los más de ellos, armados de palos unos, y piedras el resto, se cebaron en Sancho Panza, mientras el rucio tomaba carrerilla porque también el animal sintió en sus costillas que le iba la vida en ello, si no se alejaba lo más antes posible de aquella turba de malhechores.

- "¡Mi señor Don Quijote...!", le dijo Sancho cuando vio que venía detrás de él, molido de palos también, "...vengue esta afrenta que nos acaban de hacer y regrese a darles su merecido, que no son más de veinte y poco diestros en el arte de la esgrima, a la par que ingratos. Y no olvide, una vez se hallen vencidos y rendidos ante vos, de registrarles las faltriqueras para requisarles cuanta moneda porten, en pago a los daños que nos han infringido que, por el dolor que siento en los mis huesos, no ha sido poco", terminó con voz entrecortada el malferido Sancho.

- "En tan mala hora que te hice caso con lo de liberar a la chusma de sus cadenas, y ponernos a mal con la Santa Hermandad a quien, de no conocella, ignoraría que ya nos estarán buscando para suplir con nuestros cuerpos, en los bancos de remos de las galeras de su Majestad, a los que por tu codicia he liberado. Y no quiero hablar más, ni puedo, que si no fuera porque tengo mancados todos los huesos de mi cuerpo, ibas a conocer, que ya tardo, toda la cólera de tu señor Alonso Quijano, mezquino Sancho. Pero dejemos tu castigo para otro momento que ahora toca ir a encontrar refugio entre aquella foresta que se ve a lo lejos, y hacer noche en ella, no sea que me encuentren los de la Santa Hermandad, haciendo justicia contigo".

Serio y callado, Don Quijote, y corrido Sancho, renqueando se encaminaron hacia el bosquecillo los animales que bajo ellos les soportaban, porque también las bestias habían recibido castigo por la culpa de sus jinetes y, ya, el sol se estaba escondiendo tras el horizonte, siendo la noche mala compañera para andar por los caminos.

En llegando, se apearon de sus monturas, despojándoles de arreos y dándoles suelta para que pastaran y se recuperaran de las penas de sus cuerpos. Amo y siervo, sin hablarse, colocaban las albardas a modo de cabecero y cama, sobre los que pasar la noche para descansar del primer día de aventuras.

Una media hora llevarían en aquél lugar cuando, de repente, comenzaron a sentir a no mucho trecho de allí, como unos estruendos de

golpeteo de pisadas de gigante que, en el silencio de la noche, los dejaron en suspenso y admirados.

- "¿Qué es ello, Sancho?", preguntó Don Quijote. Y siguió: "Porque para mí tienen, que no son humanos semejantes golpes en aqueste solitario paraje y en mitad de la noche". Y al decirlo, removía a su siervo para que se levantara a ver si divisaba algo del origen de tales acompasados ruidos ya que él, estaba inmovilizado por el pavor y la sorpresa.

- "Considere señor Don Quijote, que no son horas para que con mi cortedad de entendimiento, me mande vuesa merced a indagar un caso como éste, que espanta. Y para mí que debo estar bajo el conjuro de algún sabio Merlín, porque las piernas, pese a mi voluntad, no me obedecen para encaminarme hacia el estruendo de esos golpes. Mejor creo, mi señor Don Quijote, que ésta sí es empresa para caballeros, que no para villanos como este humilde que le sirve. Y siento como que se me aflojan los vientres, sólo con el temor de oír lo que estamos oyendo sin acertar a qué se deba", dijo Sancho con voz temblorosa y débil.

- "¿Que se te aflojan los vientres, Sancho? Para mí que ya se te han aflojado, según lo que noto que huelo y que no es a ámbar, precisamente, bellaco irrespetuoso y cobarde". Y siguió, sacando valor de donde no lo había: "Está bien, caballero soy y las campanas de las iglesias no separan las horas de mi trabajo, de las de mi descanso. Quédate quedo, aquí, mientras yo, armado sólo con mi fiel espada y mi escudo, forjados ambos en la misma fragua de Vulcano, me encamino en esa dirección, de la cual parecen provenir los golpes. Si no regresare, te ordeno volverte hasta El Toboso, y dar cuenta a mi señora Dulcinea, de lo aquí me hubiere acaecido por aventurarme en la negrura de la noche a poner orden y paz, entre los malandrines que tamaño estruendo arman".

Sancho, que pasmado estaba, aún más pasmado quedose al pensar en permanecer a solas, si su amo se iba e enmendar a aquéllos que tales golpes daban y, postrado de hinojos y aferrando sus piernas para evitar se marchara, le suplicó:

- "Mire bien lo que vuesa merced piensa hacer en esta noche negra, que bien podrá esperar el averiguallo, a que salga el sol por la mañana y que con luz, descabezar gigantes no es tarea tan difícil como a estas horas en que tan pardos son los gatos, como los malandrines de los que sospechamos caminar con tan fieros pasos". Y comenzó a llorar, acordándose de su esposa Doña Teresa Panza y de su hija María, pensando en que no las volvería a ver, ni les llevaría las riquezas que prometidas les tenía. Vinole bien al amo, tal solicitud, porque el miedo a aquello tan desconocido, como descomunal, tampoco le era ajeno. Y le dijo, como si lamentara mucho la decisión que iba a tomar:

- "Mi desfallecido Sancho, ánimo que voy a hacerte caso en tu ruego, más, por no dejarte a solas, que porque mi cuerpo vacile ante nimiedades como ruidos, o golpes. Así que duerme al pie mío, que yo permaneceré en vigilia hasta la salida del sol, por si tuviere que entrar en combate iluminado con la sola luz de la luna. Lo que sí te pido, Sanchillo flojo, es que si ya has terminado de aflojar el vientre, te me apartes unos pasos de aquí y mudes tu ropa por otra más limpia, que no es cosa tener que soportar ese tu aroma, o te tuvieras que presentar ante mi señora, Dios no lo permita, tal que así, con la que llevas puesta agora".

Sancho, relajado por la presencia cercana de su señor, se distanció unos pasos por darle gusto, e hizo lo que le pedía y que tan de buen juicio era el hacello. Al poco, regresó como nuevo y echado a los pies de su amo, y agarrado a ellos, se quedó dormido, mientras los golpes seguían acompañando el sueño y la vigilia de siervo y amo, sin que cesaran en toda la noche. Al alba, Don Quijote despertó a Sancho con estas intenciones:

- "Vamos, amigo Sancho, despierta de tu sueño que salvos estamos aún, a pesar de que el follón que tales golpes da, no se ha presentado para retarme en cruel y mortal lance. Tal vez podríamos seguir nuestra marcha sin entrometernos en si son gigantes o son titanes, y que ahí se las compongan con el negocio que entre manos lleven. Que si sojuzgados tuvieran a los de aquestos reynos, sean los sojuzgados los que saquen sus castañas del fuego, no sea que nos ocurra como al gato cuya curiosidad, matóle".

No le pareció mal a Sancho la explicación de su amo, pero seguía sintiendo la ligereza de su monedero y de que de las pependencias, molimientos, y puñadas..., nada da valor hubieran obtenido. Y entre el miedo a más de lo mismo, o el volver ante Teresa Panza con más patrimonio pero sólo en golpes y pedradas, le causaba aún más pavor esto último, según el humor que su mujer gastaba cuando se la contrariaba. Y dijole:

- "Pero Don Amadís de Gaula, a quien Dios tendrá en su seno y gloria, no alcanzó la fama sólo por vencer al monstruo Endriago, sino por afrontar otras más terribles aventuras por el amor de Doña Oriana, como vuesa merced las afronta por el amor de Doña Dulcinea. No es condición de los caballeros andantes buscar el acomodo, sino la pendencia en la menor oportunidad hallada, en lugar de ignorarla aunque mil razones hubiere. Y todos, han sabido recompensar a sus escuderos que fielmente les siguieron y acompañaron en cada peripecia, con colmados bienes. Como villano que soy, la fama para mí que me importa un ardite, quería aclararle, mi señor Don Quijote, y que mejor me conformo con los 3.000 maravedís que me tiene prometidos, si botín conseguimos. Pero ambos,

fama y botín, no se los dan de balde a los comedidos".

- "Sancho malicioso, qué buen abogado de las causas con más máquina podrías haber sido, si te hubieras licenciado en el arte de la oratoria. Está bien: vaya yo a por la fama y tú, a por el botín. Los golpes no cesan y mi curiosidad, tampoco. Ponte a mi lado porque, ésta, no parece empresa para sólo un hombre a juzgar por el estruendo. Y si morimos los dos en esta tierra, los libros futuros recogerán nuestra muerte para difusión entre las admiradas gentes de los siglos venideros. Partamos, pues, sin más dilación".

Sancho, que era, en la esencia, un hombre de paz, lo de acompañarle hasta la misma batalla pues no lo veía apropiado porque la ciencia de la guerra y de la estrategia, no la tenía estudiada más que por instinto. Así que le propuso a su dueño, por si el enemigo fuere traicionero y hallábase emboscado, que él caminaría a sus espaldas, como a unos cincuenta pasos, y que serían sus ojos y sus oídos, los que suplieran a los que su señor no tenía en tal parte.

Don Quijote, que no deseaba que a su escudero se le aflojaran de nuevo los vientres, cuanto más que otras mudas de recambio ya no llevaba en las alforjas, aún a riesgo de su vida accedió a la vigilancia en retaguardia y le advirtió que gritara si algún peligro le surgiera tras de sí. Y si era vencido en la lucha, que no fuera a socorrelle y que corriera apriesa para dar cuenta de su muerte a su señora Dulcinea.

- "Sí correré, sí, mi señor Don Quijote, que por nada del mundo osaría contradecille en ese asunto que, con un sólo caído en la batalla, ya es bastante honra para los que vagamos por el mundo enderezando entuertos, y amparando a viudas y menesterosos".

Don Quijote, avanzaba espada en mano y escudo en el costado, con gran tiento, hacia el golpear que cada vez se sentía más cerca y más fuerte, su sonido. Al volver unas rocas, vio al fondo de un barranco, un río de aguas rápidas, y junto a él, un caserón desvencijado con una rueda movida por ellas, cuyo eje se metía dentro del edificio que de su interior salían los golpes que admiración causaban. Siguió con su paso precavido y alerta, cruzando un puente de muy mala factura que atravesaba el río y se llegó hasta la misma entrada que carecía de puerta.

- "¡Salid de ahí, follones, mandrines y gentes de la peor ralea, que un sólo hombre es el que os acomete!", gritó con más miedo que osadía. Sancho, a lo lejos, vigilaba presto para salir corriendo, lo que a su señor le acontecía.

A los gritos, salió un hombre como de su misma edad, que quedó asustado al ver la actitud ofensiva de nuestro personaje, espada en mano apuntando a su gáznate, y parapetado tras su escudo. Don Quijote, le

inquirió:

- "¿Qué es este estruendo que quiebra la paz destes lugares, gente canalla y ruin?"

El hombre, respondió a pesar del miedo:

- "Mis batanes..., señor".

- "¿Batanes?", preguntó Don Quijote, ignorando la industria de aquella casa.

- "Sí, batanes, señor..., donde con ayuda de la fuerza de esa agua que veis correr y que mueve la rueda, levantan las mazas que golpean la lana cardada para hacella más tupida y resistente. Sólo eso".

Don Quijote entró y vio lo que el batanero le decía y quedó corrido por todo aquél miedo que les había atenazado desde el primer momento que lo oyeron, en el silencio de la noche. Sin pronunciar una sola palabra, bajó el arma y el escudo y, sin despedirse, desanduvo el camino hasta donde Sancho, medio escondido estaba.

- "Veo que ha salido victorioso de la pendencia, sin ninguna traza de daño, ni en su cuerpo ni en sus prendas. ¿Y el botín..., alcanza mucho?", terminó preguntando Sancho. Don Quijote lo miró serio y le contestó:

- "Amigo Sancho, esta vez sí que el botín ha sido grande, porque me ha vuelto más sabio. Y es de sabios reconocer los errores y enmendallos. Que esto de recorrer mundo haciendo más daño que bien, no da gusto a nadie. Doña Teresa Panza, tendrá que conformarse con tenerte sano y salvo, a pesar de tu disparatada codicia y que puedas seguir sirviéndome, labrando mis tierras, como hasta ahora. Y mi señora Dulcinea, si necesita gigantes vencidos a sus pies, o perfumes de Oriente, para sólo así darme su amor porque sean condición de mujer dichas exigencias y no tanto mis méritos, doyla por perdida desde este momento y mejor me vuelvo a mi hacienda para estar al tanto della. Esperé de ti más de lo que me podías dar, en esto de ganar condición ante mi dama, labrándome fama. Y tú, deseabas volver rico en oros y joyas en mi compañía, y todo ha sido en vano: estamos en paz. Recoge lo que tengas que recoger, ensilla nuestros animales y volvamos cuanto antes, no sea que por demorarnos, nos encuentren los de la Santa Hermandad y nos priven del mayor tesoro: nuestra libertad".

Sancho, más que entender las palabras de su amo, entendía su semblante serio y su mirada al frente, ante la que no valían ni excusas, ni razones. Así que ya sólo tocaba obedecer lo que Don Quijote decía y encomendarse a Dios, por lo que en su casa podría pasar cuando volviera.

Cuando todo estuvo en el orden que Don Quijote expuso a Sancho, emprendieron la vuelta a sus casas, que ya fue a la tarde, después de que una parada rápida bajo unos árboles para hacer un descanso y tomar algo de la comida sencilla que compuesta de pan y queso, que aún llevaba el criado en sus alforjas. Seguía en silencio Don Quijote sin quejarse de la falta de bebida, aunque no tanto Sancho que mucho echaba de menos el consuelo de su bota de vino que, tanto quitaba la sed, como mitigaba la pena del regreso a casa con las manos vacías, pero no la de sus costillas gracias a aquellos hideputas y desagradecidos galeotes. El miedo al encuentro con los cuadrilleros de la Santa Hermandad, les hizo parar poco en aquél lugar, así que no tardando, levantaron su menguado campamento y pusieronse en camino de nuevo.

La séptima hora tras el mediodía sería, cuando entraron en su lugar, más agotados por el calor que por otra cosa, ya que en todo el camino no habíanse apeado de sus cabalgaduras y eran éstas las que habían soportado lo del caminar, aunque el sol se repartiera equitativamente sobre los cuatro.

En la puerta se hallaban ama y sobrina, tejiendo, cuando los divisaron y al vellos, dejaron su labor y salieron corriendo a recibillos entre gritos de alegría, porque se habían temido lo peor con que su señor y tío, Don Alonso, hubiera cedido ante las insistencias del terco Sancho a salir a la aventura y con lo del enamoramiento fuera de lugar de aquél, de la aldeana de El Toboso, Aldonza Lorenzo, sobre la que había dejado mil sonetos escritos llamándola en ellos Dulcinea, a cuento del amor no correspondido del que la dicha Aldonza era desconocedora, amén de otras fantasías sobre los palacios en donde ella habitaba.

Pero ya viéndolo en casa, los temores dellas se desvanecieron y también él les hizo ver con sus razones, que no habría más aventuras que las diarias para sacar adelante los negocios de su hacienda. Y ya, no tuvo sino despedirse de su criado, quien arrodillado ante su amo, besóle la mano en agradecimiento y reconocimiento al buen tino de sus consejos.

- "Marcha, ya, fiel Sancho, a presentarte ante tu esposa y tu hija quienes andarán en preocupaciones por tu situación y que, seguro, a pesar de que tornas igual de pobre que saliste, sabrán valorar las enseñanzas que de este nuestro accidentado paseo por el mundo, has recibido. Aunque no en tal cantidad de hazañas como para que tu escritor Don Miguel las pueda recoger en un libro y así, otros, con iguales tentaciones a las tuyas en lo de enriquecerse sin labor ninguna, las desecharan tras leello. Vete en paz y, no mañana, sino pasado, repasaremos lo que de necesario haya que hacer en estos campos que son nuestro sustento".

Salió Sancho con ganas de llegar hasta su casa, maquinando lo que le iba a decir a Teresa Panza para no contrariarla en exceso con la falta de beneficios de este más corto viaje de lo previsto. Pero no tal hubo, porque en llegando, su Teresa y su hija María, abrazaronsele de contentas que se vieron con que hubiera vuelto entero de la aventura.

Repuesto con un bastante de comida y tres cuartillos de vino, les contó a ambas los que les había sucedido, junto a algo más aportado de su invención para que no les pareciera poco lo acontecido. Tranquilo se quedó cuando vio que su esposa, a la que tanto temor tenía, daba por bueno el nulo beneficio, a cambio de tener a su esposo al completo, que el malestar en las costillas ya se lo quitaría ella con la aplicación de algún emplasto de miel y romero.

- "Querida esposa, ahora tengo que hacer un negocio que me llevará como unas dos horas, para ir a platicar con el señor de Cervantes, buen amigo mío y docto en escritos y poemas, que de salir bien lo que estoy imaginando, malo será que no nos reporte algún beneficio dello. Presto regreso, Teresa Panza", le dijo Sancho y salió de casa, rumbo a la del escritor.

Llegado a la casa del señor de Cervantes, éste, estaba en su gabinete dedicado a las cosas propias de su oficio, y bien que se alegró de ver a Sancho tan en buen estado como le había despedido unos días antes. Preguntóle por las vivencias del viaje en busca de aventuras y Sancho le dijo:

- "Maese Miguel de Cervantes, muchas han sido las anécdotas de todo tipo y condición que nos han ido sucediendo desde que partimos por el mundo, porque el fuerte brazo de mi señor Don Alonso y su acertado tino en las disputas, así eran de necesitados en cada lugar que visitábamos. Ora era una viuda opresa; ora, un endriago que devoraba aldeanos; cuando no, un moro sarraceno que no se doblegaba ante la Santa Cruz; o la entereza para interponerse entre dos ejércitos cristianos en disputa por Jerusalén y los Santos Lugares por donde Cristo nuestro Señor, anduvo". Y así, iba fabulando empresas que nunca jamás les habían ocurrido pero con las que, con la ayuda de Don Miguel, pensaba llenar un libro, el más famoso de entre los de caballería, y darlo a la imprenta para que fuera vendido en todo el orbe conocido y obtener dél, pingües beneficios.

Admirado estaba el señor de Cervantes de que tantas hazañas y batallas les hubieran ocurrido en tan pocos días, pero cosas más maravillosas se habían visto en este mundo. Así que sin más preámbulos, apartó los trabajos en los que andaba y cogiendo papel, pluma y tintero, escribió, de encabezamiento:

- "El hidalgo Don Alonso Quijano", y se quedó mirando a Sancho, para si

tal título le parecía apropiado al caso.

- "Escaso se queda el título, para tanta hazaña realizada, y tanta fama que con el libro vamos a tomar los que en él salimos, y de vuesa merced, que lo habrá escrito. Yo, lo trocaría por "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha", pues del país de La Mancha es mi señor, y que de Quijano a Quijote, mayor timbre le da este último", apuntó Sancho al escritor.

- "¿También ha pensado señor Sancho, cómo iniciar la historia? Porque un buen inicio, es partir con ventaja hacia el éxito", abusando el señor Cervantes de la chanza, para con su amigo. Y prosiguió: "Yo, si se me lo permite, comenzaría con algo sencillo..., algo así, por no abusar del detalle en los comienzos". Y escribió:

- "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme..."

- "Peores comienzos habrá habido en las obras de la literatura, aunque tampoco pasará a la historia esta obra por tan incierto inicio, pero me parece bien, si es ello de su gusto. Si así lo desea, yo le voy ditando y, vuesa merced vaya adornando mis palabras con su buen saber como escritor que la historia deste ingenioso hidalgo no será ni corta, ni aburrida..., como que me llamo Sancho Panza, y que he vivido y hasta sufrido, cada una de las hazañas y acciones que en ella se van a narrar porque la verdad, no tiene más que un camino". Y redatándolo les pilló la noche, y hasta el alba misma, si María Panza no se hubiera presentado a buscar a su padre, para la cena.

F I N